

La capitulación de Sedán, a la izquierda, el 4 de septiembre de 1870, que significó la derrota de las tropas francesas tras la captura de Napoleón III en esta población francesa,

puso fin a la guerra franco-prusiana y marcó el inicio de una época de inestabilidad, en especial ante los deseos revanchistas de la república de Francia.

na, el partido socialista austriaco apoyó la invasión de Serbia; en Alemania, el S.P.D. votaba 10.000 millones de marcos como crédito de guerra en el Reichstag; en Francia, el entierro de Jean Jaurés supuso una manifestación de claro alineamiento con la política de «unión sagrada».

Sólo desde las minorías en el seno de los partidos se alentaba el pacifismo o, desde una perspectiva más radical, la condena de la guerra. El comité ejecutivo del B.S.I. convocó la conferencia internacional de Zimmerwald (septiembre de 1915), a la que asistieron 40 delegados de 11 países y en la que se redactó un manifiesto que condenaba la guerra como consecuencia de las ambiciones imperialistas y se pedía de una forma inmediata la paz, sin ningún tipo de condiciones.

Sin embargo, ni en Zimmerwald ni en Kienthal (1816) se aprobaron las propuestas de Lenin de desencadenar la revolución mundial aprovechando la coyuntura bélica, convirtiendo la guerra imperialista en guerra civil revolucionaria. Se trataba de que las clases trabajadoras rompieran en sus respectivos países con el reformismo alentador de la guerra y derribaran los gobiernos belicistas. Sin duda alguna, todo este cúmulo de contradicciones aparecerán en el origen de la ruptura definitiva, en el nacimiento de la Tercera Internacional.

La articulación europea de Estados: de los sistemas bismarckianos a la Primera Guerra Mundial (1870-1919)

*Las relaciones internacionales europeas entre 1870 y 1890.
La Europa de Bismarck*

La aparición de nuevos Estados continentales en el último tercio del siglo (Italia y, sobre todo, el Imperio Alemán) alteró significativamente el equilibrio territorial establecido por los tratados europeos de paz en 1815. Por otra parte, la expansión comercial y política de Europa en otros continentes (lo que historiográficamente se conoce como fase del «reparto del mundo») incidió de manera singular en las relaciones globales de las distintas potencias. Estos dos presupuestos han de tenerse presentes para comprender la evolución del sistema diplomático continental en el proceso histórico que se analiza.

En los orígenes del período, como queda dicho, cobraron especial relieve las consecuencias de la unificación alemana. La formación de este nuevo Estado imperial, impulsada por Prusia, chocó frontalmente con los intereses franceses en la zona centroeuropea y, por ello, condicionó la posibilidad de un enfrentamiento abiertamente militar.

Así, tras pulsar la fortaleza política de Napoleón III en el plebiscito de mayo de 1870, Bismarck consideró necesaria la guerra franco-prusiana. Posteriormente, la derrota francesa y su capitulación en Sedán señalaron el final de la integración alemana, así como también el comienzo de una época caracterizada por la inestabilidad (en especial, por los deseos franceses de recuperar Alsacia-Lorena). Este afán «revanchista» presidió la historia diplomática europea, aunque la habilidad de Bismarck, consiguió contener las oposiciones galas gracias a complejos sistemas de alianzas internacionales.

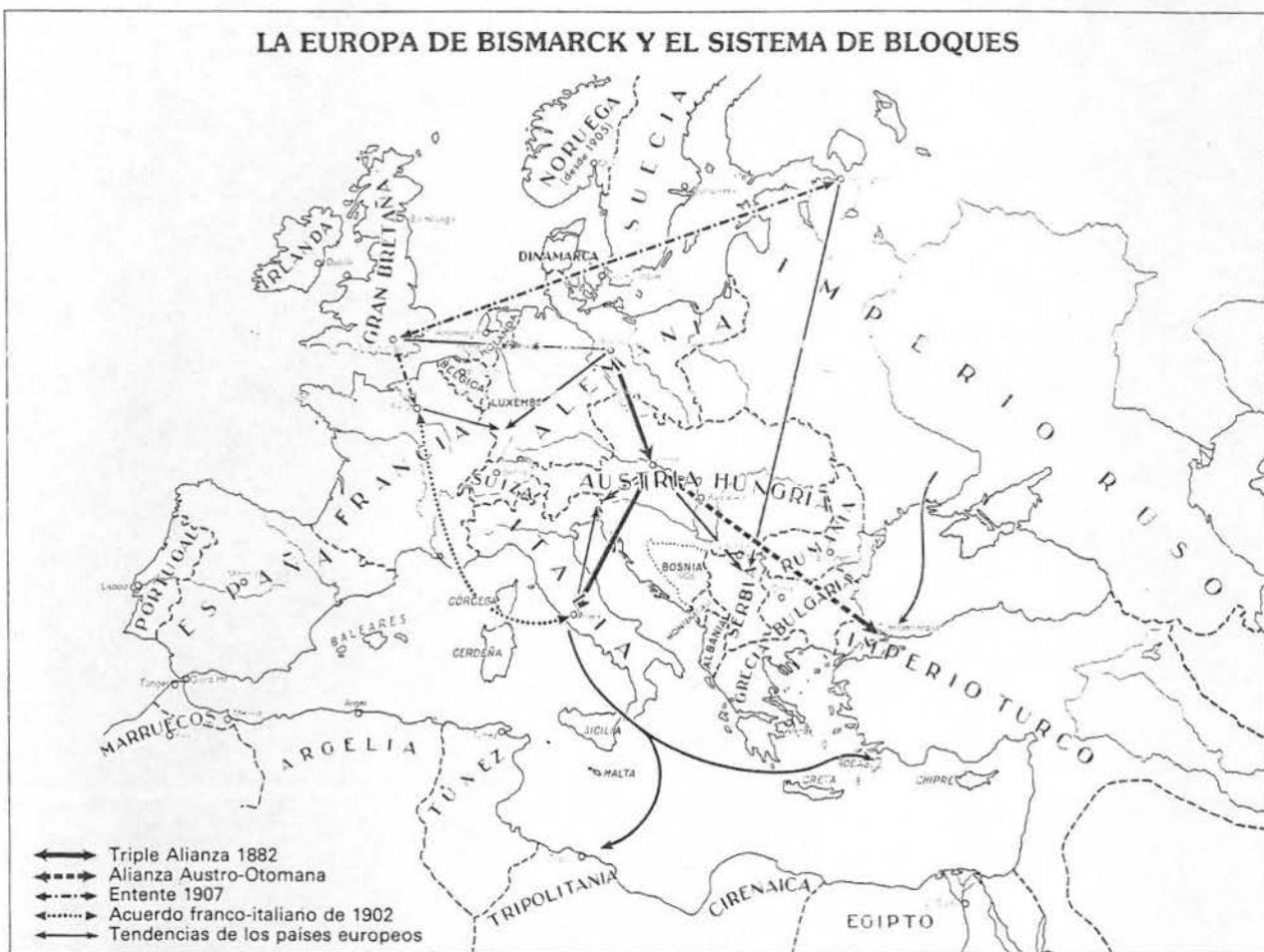
España: de la Primera República a la Restauración

El período de Amadeo de Saboya (1871-1873) fue de graves conflictos, por la oposición del clero y de los alfonsinos y la disgregación política, a lo que se unió una amplia insurrección republicana y la guerra carlista (1872-1876) —la primera (1833-1840) se inició con la llegada al trono de Isabel II y la segunda entre 1846-1849, teniendo como base de la contienda las pretensiones del príncipe Carlos, apartado del trono por la derogación de la ley sálica—. La efímera Primera República (febrero 1873-enero 1874) tampoco estabilizó la situación y acabó con el golpe de estado del general Pavía. Sin embargo, los esfuerzos de los restauradores de la monarquía, en especial de Cánovas, culminaron en diciembre de 1874 en el pronunciamiento de Martínez Campos y en la entronización de Alfonso XII (1874-1885), hijo de Isabel II. Cánovas estableció las bases de la Restauración, con un sistema de gobierno bipartidista (turno pacífico de conservadores y liberales).

La formación del primer sistema de contención a Francia

Una vez conseguidos los objetivos fundamentales de la unificación, Bismarck cambió su expansiva actuación exterior por la formación de alianzas defensivas, conocidas bajo el nombre de «sistemas bismarckianos». Con ellos intentaba contener el «desquite» francés y, por lo mismo, evitar el entendimiento de la III República con Gran Bretaña o Rusia.

LA EUROPA DE BISMARCK Y EL SISTEMA DE BLOQUES



La primera alianza diplomática defensiva la articuló formando la llamada Entente de los Tres Emperadores (1873), que constituyó, en cierta manera, una respuesta a la subida al poder de Mac-Mahon en Francia. Fue una coalición forjada de forma bivalente (convenio defensivo germano-ruso de mayo de 1873, y convenio austro-ruso de junio de 1873). Su punto débil radicaba en el enfrentamiento entre los aliados por la cuestión de los Balcanes, donde los intereses rusos y austrohúngaros estaban contrapuestos.

La fragilidad quedó manifiesta en la crisis franco-alemana de 1875 (rearme y reorganización militar francesa), cuando el ministro francés Decazes solicitó apoyo diplomático a Gran Bretaña y a Rusia. Desde entonces, Bismarck se decidió por un entendimiento más estrecho con Austria-Hungría, con la que concertó, en octubre de 1879, un tratado de alianza que fue renovado periódicamente hasta la Primera Guerra Mundial. Este apoyo fue el primordial baluarte del sistema de alianzas bismarckiano.

Aunque dicha alianza contenía sólo cláusulas defensivas frente a Rusia, ésta, temerosa de quedar aislada ante Gran Bretaña, se avino a renovar con posterioridad la Entente de los Tres Emperadores (1881). Al año siguiente, una Italia recelosa de Francia y de la posibilidad

de que se concertasen acuerdos entre Austria y el papado, se adhirió al sistema continental bismarckiano mediante su incorporación a la Triple Alianza: pacto entre Alemania, Austria e Italia, inicialmente por un período de cinco años, aunque se fue renovando a intervalos hasta 1915. El acuerdo se consiguió debido a que la Monarquía Dual deseaba frenar las ambiciones irredentistas italianas, y a que Alemania se mostraba inquieta por la agitación paneslavista —rebrotada en los años ochenta (discurso del general Skobelev en París en 1882)—, que fue aprovechada por Francia para acercarse a Rusia.

El segundo sistema de Bismarck

El revuelo internacional que motivaron las inquietudes austro-rusas en la zona oriental europea, añadido al aumento de la tensión nacionalista en Francia por el nombramiento del general Boulanger como ministro de la guerra (enero de 1886), alertaron el genio diplomático de Bismarck, que planteó como solución una mayor complicación de la trama diplomática, promoviendo el Primer Acuerdo Mediterráneo y la renovación de la Triple Alianza por cinco años.

izquierda, mapa de Europa donde se aprecia la distribución de bloques durante la época de Bismarck. Desde 1871, tras la derrota francesa de Sedán, y durante más de

cuatro décadas, no hubo guerras entre las grandes potencias europeas, aunque el despertar de las reivindicaciones nacionalistas, sobre todo en los Balcanes, puso

constantemente en peligro el frágil equilibrio, basado en el sistema de alianzas y bloques forjado por Bismarck. Finalmente, este equilibrio se rompió dando paso a la Primera Guerra

Mundial, en 1914. Bajo estas líneas, cuadro que representa la visita del Kaiser Guillermo II a las poderosas divisiones alemanas durante la Primera Guerra Mundial.



El fin de una época: la caída de Bismarck y la crisis del sistema diplomático

La destitución de Bismarck en 1890 —a causa de sus discrepancias con el joven emperador Guillermo II— marca el fin de un ciclo diplomático que, durante la última parte de su vigencia, no tuvo grandes conflictos bélicos continentales. De esa forma, Bismarck, que había sido un elemento de inestabilidad mientras estuvo preparando la unidad alemana, pasó a constituirse en «agente estabilizador» una vez realizada ésta.

Ciertos estudiosos han argumentado que la debilidad fundamental de la política internacional bismarckiana fue su incapacidad de comprensión del fenómeno de las reivindicaciones nacionales (defensa del bloque de Austria-Hungría plagado de minorías nacionales, hostilidad hacia los polacos de Alemania, problema de Alsacia-Lorena, aplazamiento de la cuestión de los Balcanes), pero no lo fue menos el carácter personalista de la construcción de todo el complejo, que descansaba más en la responsabilidad y el «tacto» diplomático de un hombre que en un método internacional coherente —y pactado— de resolver los problemas continentales.

La nueva diplomacia: paz armada y «política mundial» (1891-1914)

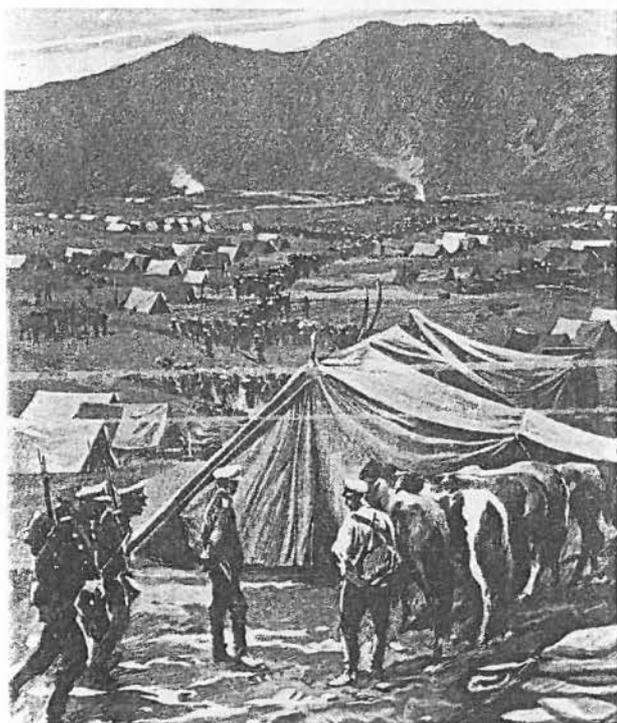
En los años que siguieron a la crisis del sistema bismarckiano, las relaciones internacionales se caracterizaron por dos grandes procesos: el continuo desarrollo expansivo del «continente blanco» por el mundo, y la agudización de los enfrentamientos en Europa continental, que obligaron a los Estados a fortalecer sus lazos diplomáticos y militares.

El fin del aislamiento frances

La primera manifestación del nuevo cariz de la política europea se reveló en el enfriamiento de las relaciones bilaterales germano-rusas. Merced a ello, Francia inició una política de colaboración financiera con Rusia a través de la admisión, en la Bolsa de París, de los empréstitos rusos. En 1891 acordaban la denominada «convención de agosto», esbozo aún tímido de relación diplomática, pues sólo comprometía a realizar consultas previas en caso de conflictos o amenazas exteriores. A la larga, facilitó la firma de un tratado militar en 1892, rubricado formalmente al año siguiente. Con su firma, además de la alianza, las dos potencias obtuvieron un

Por el Primer Acuerdo Mediterráneo, Gran Bretaña se acercaba indirectamente a la red de alianzas bismarckiana al establecer acuerdos secretos con Italia; ambos Estados preveían el mantenimiento del *statu quo* en el Mediterráneo, y el compromiso de apoyar mutuamente sus intereses coloniales en Egipto y en el norte de África. La renovación de la Triple Alianza ofreció un perfil más ofensivo que el anterior acuerdo tripartito, ya que, ahora, Alemania se comprometía a defender —y apoyar— los intereses italianos en Tripolitania frente a los franceses.

Para solucionar el problema surgido por la negativa rusa a renovar la Entente de los Tres Emperadores, el «canciller de hierro» estableció con el zar el tratado secreto ruso-alemán de junio de 1887 («tratado de reaseguro»). Por él, ambas potencias se comprometían a guardar una neutralidad activa si alguna de ellas entraba en conflicto con una tercera potencia, con la excepción de una agresión de Alemania contra Francia o de Rusia contra Austria. Pero lo más importante era que, con este tratado, Bismarck lograba neutralizar a Rusia en caso de un conflicto franco-alemán, prometiéndole a cambio apoyo de difícil cumplimiento, dada la oposición de Gran Bretaña y de Austria-Hungría a las pretensiones expansivas del zar.



Izquierda, campamento de tropas búlgaras durante la Primera Guerra Balcánica, uno de los detonantes de la Primera Guerra Mundial y donde fue derrotado el Imperio Turco.

beneficio común: contener a Gran Bretaña, que frenaba sus respectivos avances en África y en Asia Central.

La negativa del emperador alemán a reiterar un posterior acuerdo germano-ruso, la renovación de la Triple Alianza y las manifestaciones de esporádica solidaridad anglo-alemana precipitaron, aún más, el acercamiento franco-ruso, y con todo ello, el fin del tradicional aislamiento francés.

El reagrupamiento de los Estados europeos

El período se inició con frecuentes conflictos bilaterales causados por asuntos coloniales: el ultimátum francés a Siam contra los intereses ingleses; el asunto del telegrama de Kruger —enviado por el emperador Guillermo al presidente de la República Sudafricana (Transvaal)—, que enojó a los ingleses; el desembarco de tropas alemanas en la bahía de Kiaochou, en China, durante 1897; el conflicto entre Rusia y Gran Bretaña con motivo de un préstamo solicitado por China en 1898, la crisis de Fashoda en septiembre de 1898, la guerra de los bóers, etcétera.

Sin embargo, el acontecimiento más relevante de esta fase de colisión de intereses fue la conclusión de la Entente anglo-francesa de 1903, que supuso la fijación de un acuerdo general sobre conflictos regionales de localización colonial y un primer paso de entendimiento diplomático entre estas dos potencias. A las negativas consecuencias que este acercamiento suponía para Alemania, hay que añadir que en la segunda conferencia de paz de La Haya, celebrada en 1906, se evidenció la profunda desconfianza entre alemanes y bri-

tánicos. Los intentos de reducción armamentista de los segundos fracasaron por la oposición germana a frenar el crecimiento de su flamante armada.

Esta dualidad de posturas manifestaba los crecientes niveles de competencia industrial, colonial y naval, e inició una etapa de progresivo aislamiento diplomático alemán al rubricarse, por otra parte, la «Entente ruso-británica» en agosto. Así, sólo el pilar continental que constituían Austria-Hungría y la titubeante Italia se integraban ya, entre los grandes Estados europeos, dentro de los engranajes de la maquinaria diplomática alemana.

Con posterioridad, se sucedieron las crisis episódicas, fomentadas por la defensa activa de los intereses alemanes —vindicada por su emperador—, y por la virulencia de las tensiones internacionales del momento: en esos años estallaron nuevos conflictos coloniales (cuestión marroquí en 1905 y en el verano de 1911, asunto del ferrocarril de Bagdad, tensiones en África Central) y se agudizaron los problemas nacionalistas de los Balcanes, escenario del desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial (crisis bósnica en 1908-1909 y guerras balcánicas de 1912-1913).

La España del 98 y de principios de siglo

Las medidas impuestas por Sagasta durante la Restauración resultaron en su mayoría inútiles, ante el dominio claro del caciquismo y el auge creciente del movimiento obrero, organizado y conectado a la I Internacional (fundación del Partido Socialista Obrero Español en 1879), cuyas peticiones iban muy por delante de lo que admitían los poderes públicos.

El cambio de siglo se vio marcado por la pérdida de los últimos reductos coloniales en América (Cuba, 1898), que cayeron bajo el dominio de los Estados Unidos, influyendo profundamente en la sociedad española a todos los niveles, desde la política al arte. Con Alfonso XIII (1902-1931) se asistió a los frustrados intentos regeneracionistas de Maura y Canalejas, mientras que la situación social, cada vez más grave, llevó a conflictos como la Semana Trágica de 1909 y la huelga general de 1917, así como a una lucha abierta de atentados y pistoleroismo entre la patronal y el sindicato anarquista CNT, fundado en 1910, convertido en la principal fuerza sindical española de aquellos años.

Después del magnicidio de Dato y del desastre de Annual (1921), que dio la medida de la ineficaz gestión española en las posesiones del norte de África, el rey Alfonso XIII recurrió a medidas drásticas, apoyando el establecimiento de la Dictadura de Primo de Rivera.

Fachada del Reichstag (parlamento alemán), inaugurado en 1894. La ley electoral del Reich sólo otorgó el sufragio universal para los comicios al parlamento pero no para el

Bundestag (Consejo Federal), lo que unido a que el canciller no poseía responsabilidad ante el Reichstag dio un claro tinte autoritario al Imperio Alemán.

Los Estados imperiales: Alemania prusianizada, la «monarquía dual» y la Rusia de los zares

El Imperio Alemán hasta la Primera Guerra Mundial

Bismarck ya lo había predicho en la conflictiva década de los sesenta: «Las grandes cuestiones del tiempo no se deciden mediante discursos y acuerdos de la mayoría, sino mediante hierro y sangre». La unificación alemana no provino de un movimiento liberal de tipo revolucionario-nacional —fracasado en 1848—, sino que fue realizada gracias a victorias militares sobre Austria y la hegemónica Francia. Bismarck supo utilizar las tendencias liberales o democráticas sólo de forma táctica y en función de sus intereses contra las fuerzas conservadoras y particularistas de la Alemania dividida.

Determinante en la unificación fue que los príncipes alemanes se unieron a los Hohenzollern para un propósito militar. La ambigüedad de la formación imperial, construida sobre las bases de la «Confederación Alemana del Norte», demuestra las limitaciones del proceso nacional, fruto de un difícil compromiso entre el principio monárquico y la soberanía popular, y entre la unificación y la federación de monarcas constitucionales.

La estructura y organización del imperio

Políticamente, el imperio fue administrado por los ministros prusianos, si bien en la práctica la gestión radicaba en el ministro de Estado o canciller imperial, protagonista de la «dirección imperial» o *Reichsleitung*. A partir de la victoria sobre Francia, la administración fue ampliada con la formación de «departamentos imperiales» (*Reichsamt*) bajo un secretario de Estado sin responsabilidad ministerial. El *Bundesrat* fue la cámara encargada de la representatividad de los intereses federales del imperio. El canciller, de acuerdo con el apartado 17 de la constitución imperial, no poseía responsabilidad respecto al *Reichstag* (cámara legislativa). En esto, el Imperio Alemán se mantuvo fiel a la política más extendida en la Alemania del siglo XIX, que postulaba «una monarquía constitucional gobernando sin un control parlamentario del poder ejecutivo».

Cuatro bloques destacaban en el sistema político: el grupo liberal, escindido entre los liberales nacionales y los izquierdistas; los conservadores, también divididos y representantes, sobre todo, de los sectores agrarios; el partido del «Centro» o católico, fundado en 1870, y



defensor de los intereses de esta minoría, los socialdemócratas, el elemento político más dinámico del sistema; y, finalmente, se advierte la existencia de minorías «separatistas» con cierto arraigo en el antiguo reino de Hannover, en Alsacia-Lorena y en las zonas de poblamiento danés (Schleswig) y polaco (Alta Silesia).

La actuación política de Bismarck en el imperio

La política de Bismarck se fundamentó en la «seguridad del imperio», que exigía una constante lucha defensiva contra los adversarios del régimen, también interiores, en la que sobresalieron los enfrentamientos con católicos (*Kulturkampf*) y socialdemócratas.

La expresión *Kulturkampf*, que aparece en el discurso de R. Virchow en la dieta prusiana («...el enfrentamiento ha tomado el carácter de una gran *lucha cultural*»), ejemplifica la política de enfrentamiento del canciller contra las instituciones eclesiásticas católicas. La causa inmediata fue la promulgación del dogma de infalibilidad del Papa (julio de 1870), así como los buenos resultados del «Centro» en las primeras elecciones al *Reichstag*.

La abolición del «Departamento Católico para Asuntos Espirituales» (1871), los enfrentamientos docentes, la enésima autorización de expulsión de los jesuitas, la obligatoriedad del matrimonio civil, los recortes a las subvenciones de la Iglesia, y la disolución de las órdenes y congregaciones católicas no asistenciales (1875), son sólo algunas de las medidas aprobadas por iniciativa de Bismarck ante la «amenaza católica». Únicamente la política de alianzas con la católica Austria y, ante todo, la negociación directa con León XIII, sucesor del menos flexible Pío IX, pudieron poner fin a la *Kulturkampf*.



Retrato del Papa León XIII. Primer pontífice que se esforzó en integrar a la Iglesia en la sociedad, su encíclica «Rerum Novarum» constituyó el programa social católico frente al

socialismo ateo. Derecha, asesinato del zar Alejandro II. La oposición había obligado a Alejandro II a tomar medidas reformistas, truncadas súbitamente por su asesinato.

las disputas salariales; y en la promulgación, durante 1911, del «Código Imperial de Seguridad Social», que consolidó los avances sociales.

Austria-Hungría. Crisis, nacionalismo y expansión oriental

Bismarck unió Alemania, pero no pudo incluir en su proyecto de Estado nacional a, aproximadamente, una sexta parte de los alemanes: precisamente los de Austria, cabeza de un Estado multinacional compartido por doce nacionalidades de la zona danubiana.

El joven emperador Francisco José, que reinó desde 1848 hasta 1916, se mostró contrario, en principio, a todas las nuevas ideas liberales y nacionalistas que afloraban en Europa. El centralismo imperial debía de ser, según su criterio, la plasmación política del reinado. No obstante, esta orientación resultó incómoda para los grupos nacionales, especialmente para los magyares de Hungría.

La crisis que provocó la derrota austriaca ante los prusianos, en 1866, tuvo la virtud de facilitar un arreglo para la cuestión húngara. Andrassy, ministro de Asuntos Exteriores húngaro, supo convencer al emperador de que una Austria-Hungría dual podía consolidar el imperio, fortaleciéndolo.

Finalmente, Francisco José fue coronado rey de Hungría en Budapest (1867), en un gesto que suponía el triunfo del *Ausgleich* o «compromiso» con Hungría, a la que se ofrecía una amplia capacidad de autogobierno: cada grupo nacional (austriaco y húngaro) tendría su propio parlamento, constitución y gobierno; y la forma política sería el parlamentarismo constitucional (si bien el principio de responsabilidad gubernamental no sería frecuentemente respetado).

La unión efectiva radicaba en la persona del emperador de Austria y del rey de Hungría, que siempre sería el mismo Habsburgo; y en una serie de instituciones comunes, especialmente en los ámbitos hacendísticos, militares y de Asuntos Exteriores. En principio, sólo el establecimiento del alemán en el ejército como lengua de mando ocasionó oposiciones al gobierno húngaro de Andrassy, provenientes del «Partido de la Independencia».

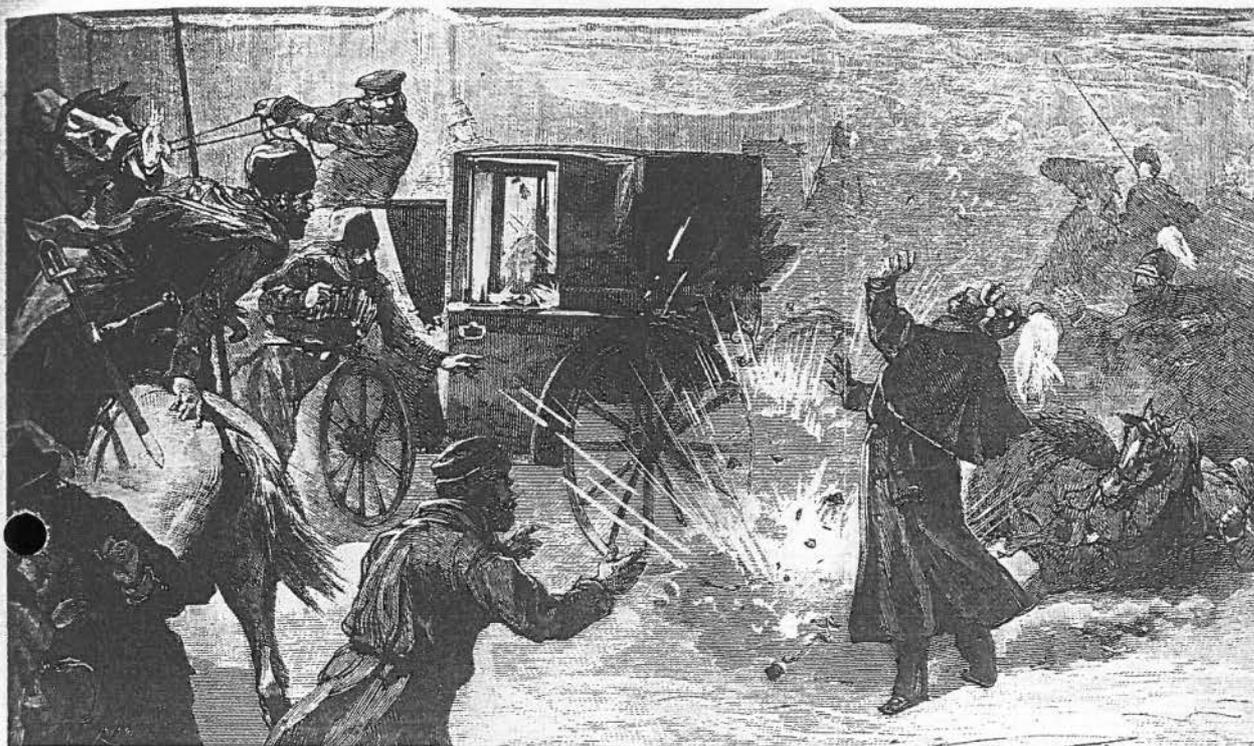
En definitiva, la solución al problema nacional consistió en convertir a las minorías mayoritarias en Estados nacionales: Estado-nación alemán en Austria y Estado-nación magiar en Hungría; pero no se tuvo presente a los demás grupos nacionales insertos en la Doble Monarquía: eslovenos, checos, polacos, rutenos, eslovacos, croatas, serbios, rumanos, etc., que pronto

En el terreno laboral, la rapidez del esfuerzo industrial alemán propició el aumento de la proletarianización. Los obreros tuvieron como portavoz más representativo políticamente al Partido Socialdemócrata, que adquirió dinamismo a partir del congreso socialista de Gotha (mayo de 1875), al unirse las principales corrientes socialistas: la marxista (Liebknecht, Bebel) y los continuadores de la doctrina de Ferdinand Lassalle.

La política represiva contra el movimiento socialista puede ejemplificarse en la denominada «ley antisocialista», que entró en vigor en 1876 (y fue renovada con posteridad hasta cerca de veinticinco años después). La aprobación de esta medida legislativa implicó la limitación de importantes derechos fundamentales (reunión, restricción de publicaciones y colectas), aunque no impidió la participación política.

Por otra parte, Bismarck era consciente de que la industrialización producía efectos desarticuladores y traumáticos en importantes sectores de trabajadores asalariados (emigración, pobreza, paro, enfermedades laborales, abandono en la vejez) que no encontraban solución en el ineficaz sistema de asistencia social tradicional. Por esa razón, planteó la necesidad de «competir» con los socialistas en su propio terreno, alentando la implantación de reformas sociales avanzadas («socialismo de Estado»).

Sus eslabones principales fueron la aprobación de las leyes del seguro de enfermedad (mayo de 1883), de seguros contra accidentes (junio de 1884), y de seguros de invalidez y vejez (mayo 1889). Estas medidas tuvieron continuación laboral en la autorización de tribunales industriales para dirimir, de una forma pactada,



manifestarían su disconformidad. Así, en 1871, las tendencias centrifugas se fundamentaron en las peticiones de la dieta bohemia, reclamando una situación similar a la de Hungría en la Monarquía Dual, ante la oposición de húngaros y grupos austriacos.

El fracaso de la política exterior austriaca, al no acaudillar a mediados de siglo la unificación alemana, propició la basculación diplomática a favor de los asuntos orientales. Allí, el Imperio Turco estaba en franco repliegue territorial, lo que podía ser aprovechado por los intereses geopolíticos austrohúngaros, si bien otro imperio, el ruso, anhelaba una extensión de su influencia en Europa.

Las apetencias expansionistas llevaron a Austria-Hungría a ocupar Bosnia y Herzegovina en 1878, gesto que mostraba a las claras la conversión del Estado centroeuropeo en una potencia de ambiciones orientales. Los enfrentamientos con Serbia, enemiga de esta política e impulsora de la agitación de la minoría eslava del imperio, constituyeron una de las causas inmediatas de la Primera Guerra Mundial.

El Imperio Ruso: la caída de un Estado

El desarrollo político de Rusia viene condicionado en esta fase histórica por el aumento de la oposición al régimen zarista, incapaz de establecer un proceso de reformas profundas. Los grupos liberales reclamaban la introducción de medidas constitucionales, y los radicales y socialistas postulaban transformaciones profundas del sistema socioeconómico. En este contexto, proliferaron una serie de sociedades secretas de manifiesto

cariz activista, como la sociedad «Tierra y Libertad», fundada en 1876, o la sociedad claramente terrorista «Voluntad del Pueblo». Ambas estuvieron vinculadas al movimiento populista, que gozaba de cierto arraigo campesino.

La oposición forzó al zar Alejandro II a adoptar una política reformista, truncada con su muerte en atentado. El heredero, Alejandro III, optó por una acción de gobierno de claro corte autocrático: se apoyó en los sectores aristocráticos, limitó las reformas políticas precedentes y activó la «rusificación» de las zonas fronterizas.

Esta política fue continuada por su sucesor, Nicolás II, que extendió la «rusificación» a Finlandia, hasta entonces prácticamente autónoma. No obstante, tras esta etapa autocrática del zar Nicolás II, la oposición resurgió estructurándose en tres formaciones políticas fundamentales: el partido Socialdemócrata (posteriormente dividido entre moderados o «mencheviques» y extremistas o «bolcheviques»), el partido Social Revolucionario (preocupado por el problema campesino e inspirado en el anterior movimiento populista) y la Unión de Liberación, que reclamaba una constitución liberal. La guerra ruso-japonesa, por las limitaciones que desveló, favoreció la ampliación de una oposición social y política en el país.

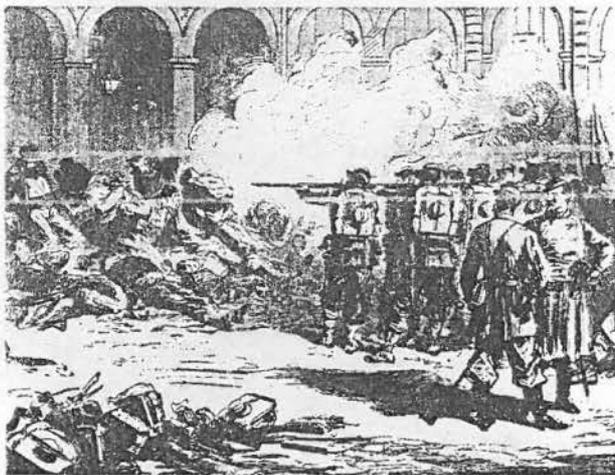
Desde el punto de vista económico, el intervalo temporal 1870-1914 constituye el ciclo de incipiente industrialización de Rusia. Sus fundamentos esenciales vienen caracterizados por el protagonismo interventor de los capitales extranjeros (especialmente franceses),

Fusilamiento por las tropas gubernamentales de los federados en la Semana sangrienta (mayo de 1871). La brutal represión de los versalleses selló el proceso revolucionario iniciado por

el gobierno insurreccional de la Comuna de París. Con el retorno al poder del gobierno conservador de Thiers y Mac-Mahon, se tomaron numerosas medidas represivas contra

los sublevados, pero la Comuna se convirtió en el ejemplo de la insurrección, y emancipación del proletariado. En la página siguiente, en primer término, degradación de

Alfred Dreyfus tras ser acusado falsamente de traición. Este proceso puso de manifiesto el clima de tensión que se vivía en Francia durante la III República.



las tarifas altamente proteccionistas y la concentración de esfuerzos en áreas de inversión puntuales (ferrocarriles y minería).

Las democracias parlamentarias: Francia y Gran Bretaña

La III República francesa hasta 1914

La derrota ante Prusia del Segundo Imperio Francés permitió el nacimiento de la III República francesa, inaugurando uno de los períodos más largos, pero igualmente más complejos, de la historia reciente de Francia. Sucintamente, se pueden distinguir varias fases hasta 1914: una inicial, preliminar, que abarca hasta la resolución del problema planteado por la Comuna de París; de 1871 a 1875 se ha hablado de una «República conservadora»; sigue hasta 1898 la denominada «República de los oportunistas»; finalmente, continúa la «República radical» hasta los inicios de la Primera Guerra Mundial.

El régimen político de la III República se edificó sobre la represión y liquidación de la Comuna, un sistema político de claro matiz revolucionario centralizado en París. La «pacificación» fue dirigida por Mac-Mahon en las jornadas de mayo de 1871 conocidas como *semaine sanglante*.

Pero, en realidad, no se puede hablar de III República al menos hasta 1871, cuando Thiers se convirtió en director de la llamada «República conservadora». La mayoría monárquica de la Asamblea Nacional, principal ór-

gano representativo, fue la definidora de la orientación moderada del período, que estuvo centrado en la tarea de pagar las indemnizaciones de guerra a los alemanes, con la consiguiente evacuación del territorio francés ocupado.

En 1875 se aprobó la constitución, que articuló las relaciones políticas de la III República. Dos normas significativas aprobadas fueron que el ejecutivo sería desempeñado por un presidente, aunque sus actos requerirían la firma del ministro correspondiente, y que el senado compartiría el derecho de iniciativa legal (excepto en temas financieros) con la cámara de diputados cuyos miembros serían electos por sufragio universal directo masculino.

El período de la llamada «República de los oportunistas» puede singularizarse por la agudización del problema religioso. Bajo la presidencia de Grevy, los republicanos conservadores establecieron una serie de leyes anticlericales (regulación de las asociaciones religiosas, dispersión de los jesuitas, regulación de la enseñanza), con una firme voluntad de secularizar el Estado.

El descontento hacia el régimen republicano conservador se vislumbró en la denominada «crisis Boulanger», general que ocupó el ministerio de la Guerra y que personalizó el sentimiento nacional de la *révanche* hacia los alemanes, llegando a gozar de una popularidad que alarmó al gobierno.

Los grandes escándalos políticos que jalonaron esta etapa republicana contribuyeron a que importantes sectores sociales cuestionaran la honorabilidad de parte de la clase política francesa. Los más relevantes fueron el «escándalo de Panamá» y el denominado «asunto Dreyfus».

La quiebra de la *Compagnie du Canal Interocéanique*, presidida por Ferdinand de Lesseps (el constructor del canal de Suez), evidenció la mala administración y el sistema de cooptelas empleado en la financiación del proyecto de construcción de un nuevo canal en Panamá. En estas «maniobras» no fueron ajenas las implicaciones de políticos como Clemenceau, el ministro de Finanzas Rouvier o el ex-ministro Baihant.

La acusación de traición del capitán Dreyfus demuestra el grado de apasionamiento de la sociedad francesa del momento, que se dividió entre dreyfusistas (en cierta medida, partidarios de la conservación de la república) y antidreyfusistas (en general, fuerzas vinculadas al intento de restauración monárquica y al ejército y un grupo numeroso de católicos). La evidente falsificación de pruebas realizada por miembros del Estado Mayor inició una auténtica crisis política ante denuncias, entre otros, del novelista Émile Zola en su carta abierta *J'accuse*.



La última fase republicana, hasta 1914, significó la subida al poder de los radicales, que se definieron defensores a ultranza del régimen republicano, pero también del orden social imperante. Durante estos años se reorganizaron los socialistas, con Jaurès a la cabeza, y el tema fundamental de disputa política fue la determinación del papel de la Iglesia en la sociedad, y su separación efectiva del Estado.

Las islas Británicas, primera potencia mundial

La reina Victoria ha encarnado el desarrollo y la expansión británica hasta su muerte en 1901, después de uno de los reinados más largos y populares de la historia europea. Gran Bretaña ocupaba, aún, el primer escalón entre las potencias mundiales: su sistema político, la monarquía democrática regulada por el parlamento y caracterizada por el juego alternativo de partidos en el gobierno, era considerado como modelo de estabilidad; su proceso de industrialización y su política de defensa de la libertad de comercio fueron, en ocasiones, imitados a escala continental; y las relaciones sociales generadas en su seno se distinguían por la escasez relativa de enfrentamientos.

Sin embargo, si se realiza una revisión crítica de su desarrollo, las contradicciones y las carencias no faltaron en este modelo de Estado parlamentario. La otra cara del imperio se puede ejemplificar en algunos factores de inestabilidad: el ocaso de los dos líderes tradicionales Gladstone (liberal) y Disraeli (conservador), además de la aparición de una nueva fuerza política de matiz obrero, el laborismo, que iba a alterar el «equilibrio» del sistema político; el inicio de la crisis del modelo eco-



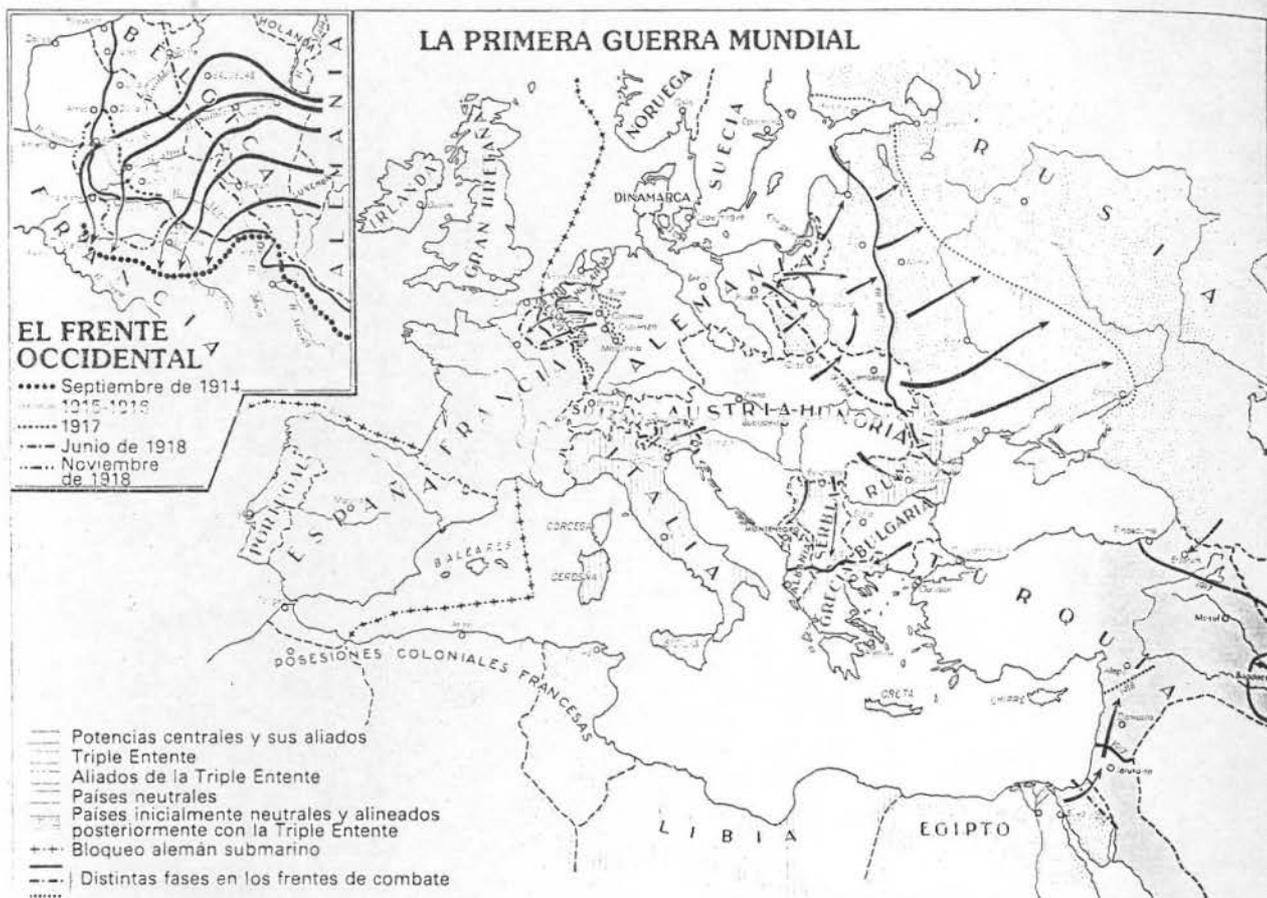
Arriba, retrato de la reina Victoria, obra de H. von Angeli (National Portrait Gallery, Londres). El reinado de Victoria I fue un modelo de prosperidad y modernización democrática para la totalidad de los países europeos.

nómico inglés, ante la aparición de la Segunda Revolución industrial, que iba a favorecer el desarrollo de economías jóvenes y proteccionistas (Alemania y los Estados Unidos de América); la cuestión de Irlanda; o los problemas surgidos por las desigualdades sociales.

El desarrollo y las consecuencias de la confrontación mundial

Los antecedentes y la generalización del conflicto

El congreso internacional de Berlín de 1878 propició un frágil equilibrio en la conflictiva zona de los Balcanes. Territorialmente, se reconocieron Rumania, Serbia y Montenegro como reinos independientes, y parte de la actual Bulgaria, además de Bosnia y Herzegovina, como principados autónomos bajo soberanía turca. El Imperio Turco, principal potencia en retroceso de la zona, conservaba un amplio territorio que se extendía desde el mar Negro al Adriático. En este contexto territorial, se enfrentaban intereses contrapuestos de grandes potencias europeas (Austria-Hungría o Rusia), el irredentismo de jóvenes naciones anhelantes de extenderse en detrimento del débil Imperio Turco, o el paneslavismo



activo de Serbia, claramente enfrentado a los intereses austro-húngaros.

El asesinato del archiduque Fernando de Austria el 28 de junio de 1914 en Sarajevo, capital de Bosnia y Herzegovina, constituyó la espoleta desencadenante del conflicto mundial. Sin embargo, el simple acto terrorista no explica por sí sólo el desarrollo internacional del proceso bélico. La guerra fue el resultado de las tensiones profundas de los imperialismos estatales, que se reagruparon en un sistema de alianzas ineficaz para evitar la crisis militar. La carrera armamentista precedente y los mecanismos diplomáticos, por su red de solidaridades automáticas, amplificaron la dimensión europea del conflicto.

El desarrollo militar: el frente occidental

Hasta el invierno de 1914, se planificó la estrategia de las batallas con la intención de que éstas fuesen fulminantes y rápida la conclusión de la guerra. Ése fue el objetivo de la denominada «guerra de movimientos», iniciada por Alemania al ocupar Luxemburgo y Bélgica con una variante del conocido «plan estratégico Schlieffen». Las finalidades de este gran movimiento germano eran burlar el complejo de fortificaciones y fuerzas aliadas, al desbordarlas por el oeste, y avanzar por el flanco iz-

quierdo de los aliados en dirección a París. La reorganización y redistribución de tropas dirigida por el comandante en jefe francés, Joffre, logró contener a los alemanes, lo que supuso el inicio de operaciones militares más estáticas, que no daban ventajas determinantes.

En octubre de 1914, comenzaron los enfrentamientos conocidos como «la carrera hacia el mar», en los cuales los dos bandos en lucha intentaron rebasar mutuamente al enemigo por su ala atlántica. Los alemanes tomaron Lille, pero fracasaron en su intento de cercar Ypres. Ya a fines de 1914, los choques del frente occidental se convirtieron en una lucha de posiciones, más estática y menos resolutiva de lo que los «señores de la guerra» habían afirmado al comienzo de las hostilidades. Las bajas aumentaron de forma espantosa, fruto de campañas localizadas (ofensiva francesa en la Champaña oriental en febrero de 1915; de los ingleses en Neuve Chapelle en marzo; toma de Ypres por los alemanes en abril gracias al uso del gas clorado: fracaso parcial de la ofensiva aliada de otoño).

El frente oriental

Las tropas alemanas de la frontera oriental (rusa) eran menos numerosas y sólo, en principio, estratégicamente situadas para contener al enemigo. Pero, tras la vic-

requerida, localización de los diferentes frentes en que se desarrolló la Primera Guerra Mundial, así como la posición que tomaron las potencias tras la creación de alianzas. Al concluir la

guerra en 1918, se produjo la remodelación de la práctica totalidad de las fronteras europeas. Pero las consecuencias del tratado de Versalles fueron muy negativas.



Arriba, granaderos franceses bombardeando al enemigo durante la batalla de desgaste del Somme. Abajo, el mariscal P. Hindenburg, comandante del ejército alemán en el frente oriental, que derrotó a las tropas rusas en las batallas de Tannenberg y de los lagos Masurianos.

guerra rusa de Gumbinnen (agosto de 1914) y la evacuación de Prusia Oriental por los alemanes, el frente quedó reforzado, siendo derrotadas las tropas zaristas por Hindenburg en las batallas de Tannenberg y de los lagos Masurianos.

Durante el año siguiente, continuas ofensivas de las potencias centrales fueron minando la resistencia rusa. Los alemanes, que llegaron a ocupar Polonia, anunciaron la formación de un Estado polaco independiente y, aprovechando el desconcierto, Finlandia proclamaba su independencia.

Desarrollo y las consecuencias de la Revolución Rusa dominaron el desenlace de los enfrentamientos militares de 1917, ya que Lenin y sus seguidores fueron partidarios del establecimiento de la paz de forma inmediata. Finalmente, en marzo de 1918 se firmó el tratado de Paz de Brest-Litovsk entre las potencias centrales y el nuevo Estado soviético, que cedió importantes espacios territoriales.

En el verano de 1916 tampoco se conocieron victorias resolutivas, aunque el desgaste producido en los contendientes fue ya manifiesto (batallas de Verdún y del Somme). Entre tanto, se produjo un relevo en los altos mandos alemán y francés: Hindenburg sucedió a Von Falkenhayn, con Ludendorff como intendente general, y Nivelle a Joffre como comandante en jefe de los ejércitos franceses. La inoperancia de las ofensivas galas y la aparición de focos de clara sedición en las acciones de la Champaña, en abril de 1917, determinaron la sustitución de Nivelle por Pétain. También el desánimo empezó a afectar a las tropas británicas, sobre todo al perder cerca de 400.000 hombres en la tercera batalla de Ypres (julio-noviembre de 1917).

Los acontecimientos iban a condicionar durante el año 1917 la orientación de la lucha: por una parte, los Estados Unidos de América, favorables a los aliados desde el inicio de los enfrentamientos y defraudados por el fracaso de las propuestas de paz del presidente Wilson, declararon en abril la guerra a las potencias centrales; por otra, Rusia se derrumbaba en pleno proceso de revolución bolchevique.

Los alemanes, temiendo el desembarco de tropas norteamericanas, intentaron aprovechar su momentánea superioridad numérica lanzando cuatro ofensivas sucesivas por las que consiguieron acercar su artillería pesada a 60 kilómetros de París. A pesar de ello, los aliados no llegaron a ceder y unificaron, incluso, el mando en el mariscal Foch. En septiembre, lanzaron una ofensiva general que hizo retroceder a las tropas germanas hasta la línea Gand-Sedan-Pont-à-Mousson. Mientras tanto, el desánimo y los movimientos revolucionarios se extendían por Alemania, en donde se produjo la ab-



Derecha, mapa de la conquista del Oeste y el desarrollo del capitalismo norteamericano. Al finalizar la guerra civil, los Estados Unidos experimentaron un importante crecimiento. Se

produjeron migraciones sucesivas hacia el Oeste, incorporando los territorios conquistados a la nueva nación. Los emigrantes se encontraron con la oposición de las tribus

indias, que veían como los colonos invadían y ocupaban su territorio. Esencial en todo este proceso fue la creación de amplias líneas férreas, que por otra parte estimularon

el capitalismo industrial. En pocas décadas, los Estados Unidos se colocaron en la vanguardia mundial. El desarrollo del comercio, y la acumulación de capital, favoreció la industria.

dicación del emperador Guillermo II. Finalmente, el armisticio fue firmado el 11 de noviembre por un consejo de comisarios (socialdemócratas).

Las alianzas europeas

Italia, en principio vinculada diplomáticamente a las potencias centrales, no se comprometió a favor de éstas en el conflicto con la excusa de que la acción de Austria contra Serbia supuso una acción ofensiva. A pesar de ello, nunca dejó de reclamar espacios territoriales que compensasen, según su criterio, la expansión austriaca en los Balcanes. La tardanza de los imperios centroeuropeos en otorgar las zonas reclamadas posibilitó el acercamiento de Italia a las potencias aliadas, con quienes concluyó el tratado secreto de Londres, en abril de 1915. Su participación en el conflicto motivaría el resurgimiento de un frente alpino.

Por su parte, Rumania declaró la guerra a Austria-Hungría en 1915, esperando como pago compensatorio Transilvania.

Más compleja fue la participación de Grecia, donde un cuerpo expedicionario francés derrocó al rey filogermánico Constantino. Condicionada por esta intervención extranjera, declaró la guerra a las potencias centrales y a Turquía en 1917. A ello se añadía el deseo de beneficiarse de las hostilidades para expansionarse por el mar Egeo y Asia Menor.

Turquía y Bulgaria se vincularon a los imperios centroeuropeos desde los orígenes del conflicto, temerosas del imperialismo ruso.

Balance y conclusiones

Las consecuencias de la guerra rebasan el marco cronológico de los enfrentamientos militares, sobre todo por los estrictos criterios que fundamentaron los tratados de paz establecidos (Brest-Litovsk, Versalles, Saint-Germain-en-Laye, Neuilly, Trianon y Sévres). El final de la Primera Guerra Mundial no determina, pues, el fin de una etapa, sino que supone una proyección hacia el futuro de nuevos revanchismos y sentimientos nacionalistas.

Políticamente, el choque armado contribuyó a la caída de los imperios de corte clásico, autoritarios y personalistas, y a la ampliación del sistema democrático parlamentario en Europa. De forma adicional, confirmó una auténtica basculación mundial de poder, al confirmarse el peso de la joven potencia ya hegemónica: los Estados Unidos de América.

DISTRIBUCIÓN APROXIMADA DE LAS VÍCTIMAS DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL (en miles)

Principales países implicados	Muertos	Heridos	Prisioneros
Gran Bretaña	947	2.122	192
Francia	1.385	3.044	446
Rusia	1.700	4.950	2.500
Italia	460	947	530
Estados Unidos	115	206	4,5
Alemania	1.808	4.247	618
Austria-Hungría	1.200	3.620	2.200
Turquía	325	400	—

Económicamente, el conflicto provocó el momentáneo relanzamiento de los países neutrales (Países Bajos, Suiza, Países Escandinavos, España, en parte Latinoamérica). Pero los resultados fueron traumáticos para las economías de la Europa combatiente al producirse una ruptura de los circuitos comerciales tradicionales y la generalización de políticas inflacionarias.

A pesar de todo, los signos más lesivos del enfrentamiento militar fueron las víctimas humanas: alrededor de unos diez millones de muertos y veinte millones de heridos.

Angloamérica: 1870-1920. El desarrollo del capitalismo norteamericano y del dominio del Canadá

Población, inmigración y colonización del Oeste

Para advertir la magnitud del crecimiento de los Estados Unidos en las décadas siguientes a la conclusión de la guerra civil, basta consultar las cifras de población. Los 40 millones de habitantes de 1870 se habían convertido en 76 en 1900, alcanzándose 105 en 1920. De tal progresión fueron causa, no sólo el crecimiento vegetativo, sino también la enorme inmigración recibida en esta época, que se cifra en cerca de 3 millones en la década de 1870, pasa de 5 en la siguiente y roza los 4 en la que cierra el siglo. El apogeo de esta tendencia se alcanzó entre 1901-1910, con casi 9 millones de in-